

Maniobras de evasión

Pedro Mairal

Maniobras de evasión

Selección y edición de Leila Guerriero

Primera edición en Libros del Asteroide, 2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Pedro Mairal, 2015
c/o Indent Literary Agency
www.indentagency.com

Copyright © Selección y edición, Leila Guerriero, 2015
La primera edición de este libro fue publicada en 2015 por Ediciones Universidad Diego Portales, Chile.

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-76-8
Depósito legal: B. 4585-2019
Impreso por Liberdúplex
Impreso en España – Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Este libro es de Inés, es para Inés, es por Inés.

Quiero escribir pero me sale espuma

Hoy me mandaron un cuestionario de una revista cultural de esos que dicen: «¿Qué autores argentinos considera más significativos en la última década? ¿Cómo ve la relación entre literatura y mercado? ¿Qué opinión le merece la literatura argentina actual?». Me cayó encima un cansancio profundo. Creo haber contestado esas preguntas por lo menos cinco veces para otros medios o quizá incluso para la misma revista. Podría hacer «copiar y pegar» con respuestas que tengo por ahí y que figuran en internet. No sé qué quieren demostrar esas encuestas. No sé por qué acepto contestarlas. Estoy empezando a pensar que la literatura no existe más, al menos para mí, y me alegra. Desde hace casi dos años estoy escribiendo columnas y artículos para revistas y diarios argentinos, colombianos y mexicanos. Ese nuevo oficio me lleva a meterme en lugares extraños, que a veces me interesan, como el viaje en un camión de carga que me tocó hacer hace un par de meses para escribir un artículo de una revista argentina.

Escribir esos textos me saca toda las ganas de escribir otras cosas. No tengo ganas de escribir una nove-

la. Sueño novelas, pero no me siento a escribirlas. Tampoco cuentos, salvo que me pidan algo para publicar en una antología y que justo tenga una idea en la cabeza. A veces escribo un cuento a pedido y después no lo mando, porque no me gusta cómo queda. Saco fotos, escribo guiones y estoy tomando clases de percusión; aprendo lentamente, veo el progreso ahí, algo que voy haciendo cada vez mejor aunque soy claramente un novato. Notar esos avances me entusiasma, saber que hay cosas que el cuerpo puede aprender como aprendió a nadar o a andar en bicicleta, habilidades que no se olvidan. Cada tanto saco una canción en la guitarra: hace un tiempo fue *No me arrepiento de este amor*, de Gilda, después *Jamaica farewell*, una canción que cantaba mi madre y que reencontré en un disco de Caetano Veloso. Hace poco saqué un tango viejo y también una canción mexicana que dice «si te cuentan que me vieron muy borracho, orgullosamente diles que es por ti». Las canto solo, las practico, me imagino que las canto frente a mis amigos. En general no me gustan las guitarreadas. A veces por el pozo de aire y luz del edificio suben unas zambas cantadas en coro por chicos de provincia que vienen a estudiar a la capital. Se podría decir que ese es el ruido exacto de la soja.

Pero ¿qué es este escepticismo profundo con respecto a la literatura, a mi literatura digamos mejor? ¿Por qué quiero escribir pero me sale espuma? ¿Por qué tampoco escribo más poesía? Hace ya unos años entregué mi escritura al zumbido de la banda ancha. Textos cortos, respuesta inmediata, amigos, amigas, cachondeo. Los blogs me sirvieron para atomizarme, ocultarme en seu-

dónimos, escribir como gente que no soy yo, como personas que llevo dentro, voces o quizá fuerzas verbales. Disfruté mucho de eso, de la libertad de zafar de mí mismo. Después los seudónimos se fueron revelando y arruinando, a veces porque alguien revelaba que era yo, a veces porque se notaba. Incluso por amor propio yo mismo me ocupé de confesar que era el autor de algunos textos. Llevo cinco años escribiendo en internet, trabajando no sé si para mí, o para Google o para Blogger.com. Y eso me cambió el paradigma de la comunicación de la escritura, la idea de lector, la idea de mí mismo como autor. Ahora me cuesta pensar en libros en papel, textos míos en formato libro, impresos. No tengo problemas con lo ya escrito para ese formato, pero sí me está costando pensar en nuevos libros. Estoy tratando de ver si hay un libro en todo lo que escribí estos cinco años, un libro que se llame *La novela que no estoy escribiendo*, pero no sé todavía, no sé qué es lo que mantiene unida en papel toda esa masa de textos. Sé que en los blogs se mantenía unida por la red de redes, por el blog mismo, por la banda ancha, que de alguna manera vincula, asocia y justifica los textos. Pero en papel ya es más dudoso. A los libros que se originaron en blogs, cuando los abro en la librería, me parece que les falta un *switch* para encenderlos, son como blogs apagados.

Es raro: en plena crisis de fe literaria me piden que diga en qué creo. La verdad que tengo mucha fe en algunos autores de mi generación. En los libros que van a escribir o que escribieron. Fabián Casas está escribiendo, Damián Ríos va a reeditar su novela *Habrà que poner la luz*, Gabriela Bejerman sacó *Linaje*, Cucurto tiene un nuevo libro de poemas que va a editar Vox, ojalá Félix

Bruzzone saque otra novela y Samanta Schweblin escriba alguna, y Santiago Llach publique su prosa, y que Luciano Lamberti saque más libros de cuentos. Creo mucho en los libros que todavía no leí.

Con respecto a mí, ¿en qué creo? Creo en seguir explorando. Creo en lo inesperado y en el silencio también y en la acumulación temporal. Y en los detalles también creo. Anoche, por ejemplo, estuve pensando en la evolución de las cubeteras de hielo. Cuando era chico, en los setenta, había unas cubeteras de aluminio, como una bandejita dentro de la cual se ponía una rejilla de metal que dividía el agua en cubitos. Pero dividía mal, quedaban pegados por abajo y por los bordes; para vaciarlas había que azotarlas con mucha fuerza sobre la mesada de mármol y volaban pedazos amorfos de hielo por todas partes. Después, en los ochenta, aparecieron las cubeteras de plástico de hielos con forma de pirámide trunca, los clásicos cubitos. Pero eran de un plástico rígido que se rompía cuando uno trataba de hacer un poco de torsión para que se soltaran los hielos y quedaban rotas por la mitad en grupos de cuatro cubitos que de nuevo había que azotar contra la mesada. A finales de los ochenta aparecieron unas de goma marrón con forma de rolito, hacían unos hielos cilíndricos con un hueco en medio, pero el eje o apéndice de goma que provocaba ese hueco se adhería al hielo como un perro abotonado, no había forma de sacarlo; golpear la cubetera no solucionaba nada, había que forcejear tironeando los hielos de un modo cruel. En los noventa, con las heladeras importadas aparecieron unas con forma de huevera, que hacían unos hielos como una media esfera, muy poco satisfactorios, porque quedaban chiquitos

aunque es cierto que eran fáciles de sacar. Y ahora hay unas cubeteras de silicona muy bien hechas con cualquier forma que uno quiera, forma de tetris, de letras, de hexágonos, de estrellas, una evolución del diseño industrial, el concepto de «*funny*», la vida nocturna, etc. Hace un tiempo, en un raptó romántico, le regalé a una chica una cubetera fucsia con forma de corazoncitos. Justo ese día nos peleamos y a la semana me mandó una foto de los cubitos que decía «ahora entiendo, tenés el corazón de hielo, hijo de puta».

La novela que no estoy escribiendo

La novela que no estoy escribiendo estos últimos meses es una sucesión de imágenes de la periferia de los congresos literarios, la espalda de las charlas de las ferias del libro, eso que pasa en las combis y en los aviones que llevan y traen a los autores, lo que se ve en los aeropuertos, o en la televisión del hotel, o en las escapadas exploratorias entre dos mesas redondas por las calles nuevas.

La importancia del deporte

Siempre tuve un desfase entre mi cuerpo y mi edad. La gente que no me conoce me da cinco años menos. Ahora ya no me molesta, incluso me alegra, porque veo a mis amigos quedándose pelados, echando panza y canas, mientras yo sigo como Dorian Gray, escondiendo un cuadro que envejece por mí.

Crecí con ese desfase. Siempre me sentí chiquito, más flaco, más petiso que los demás, menos peludo, menos hombre. Era el segundo de la fila; el primer puesto lo tenía un amigo que en ese tiempo todavía no era un coordinador de varias ONG a lo ancho del planeta, sino uno de los pocos tipos a quienes yo no tenía que mirar hacia arriba para hablarle.

Estábamos siempre ahí adelante, mientras se izaba la bandera, en el patio, en esas filas que nos ponían tan en evidencia todas las mañanas. ¿De dónde habrá salido esa costumbre de poner a los chicos en fila por orden de estatura? ¿Era para que quedáramos prolijos? ¿Cómo no se daban cuenta de que era como ponernos por orden de peso, del más flaco al más gordo, o por orden cromático, del más rubio al más morocho, del albino al afri-

cano, pasando por todas la gamas? Nadie lo veía mal. Era lo más natural del mundo. Los más petisos íbamos adelante, primeros. Los más altos atrás. Y no se discutía.

Debe ser una cosa militar, medio obsesiva con la prolijidad. Una especie de orden primitivo. Como ordenar los libros en la biblioteca por color. Pero a mí me parecía ideado para humillar a los más bajos. Quizá sería para vernos mejor desde el frente y controlarnos. Yo me ven-gaba mentalmente ordenando en mi cabeza a los profesores por orden de estatura. El director, el licenciado Chiampiti, era el más bajo. Me imaginaba a todo el secundario en fila mezclado con los profesores por orden de estatura y a Chiampiti casi con nosotros, delante de todo, y enseguida la profesora de Química, y después el de Matemáticas, al que le decíamos «el Pollo». No servía para nada ser el primero de la fila, no ofrecía ningún beneficio.

Es difícil idear formas del orden todavía más humillantes para escolares: quizá ordenarlos por coeficiente intelectual, por ejemplo, o del más rico al más pobre. A eso no se animaron. Ahora que lo pienso, como todo sistema efectivo, el orden de estatura se establecía casi solo. Me suena mucho la frase «señores, se ubican acá en una sola fila por orden de estatura», me parece haberla oído varias veces. Pero creo que ya lo hacíamos automáticamente: los más altos iban empujando hacia delante a los más bajos; en los casos de altura empatada, se ponían espalda con espalda y un tercero arbitraba.

Me acuerdo de llegar después de cada verano al primer día de clase y tener la esperanza de estar más alto, la sensación de que había pasado tiempo y que quizá había crecido en esos tres meses, y toparme en el patio con

unos tipos medio irreconocibles, mis amigos deformados por las hormonas, con la voz cambiada, huesudos, altos, muy altos, con una seguridad y una fuerza que a mí no me habían sido dadas. Creo que por eso me obsesionaba la serie de televisión *El increíble Hulk*, la veía todas las tardes y soñaba con ser Bill Bixby que le advertía «No soy yo cuando me disgusto» a la gente que lo ponía nervioso; soñaba con pegar el estirón ahí delante de todos en medio de la clase, romper la camisa, los pantalones, con músculos, con mucha fuerza, hacerme hombre de golpe, asustando a todos, inquietando a las chicas, y salir corriendo del colegio ya como el fisicoculturista Lou Ferrigno, gruñendo, en cuero, descalzo, pero sin estar pintado de verde.

Siempre tuve que conformarme con este crecimiento imperceptible, esta especie de invariabilidad. Y la altura no fue lo peor. Lo peor fueron los pelos, la ausencia de pelos, los años de lampiño. Esas comparaciones de vestuario, esa preocupación. Mirar a los otros y mirarme. Y preguntarme cuándo, cuándo me iba a tocar a mí, cuándo sería mi turno de ir caminando hacia las duchas desnudo y con aplomo, usando la toalla no para taparme como una nena, sino para ir pegándole latigazos en el culo a los distraídos, desfilando mi pelambre, mi sombra de mamífero sexual. Yo me cambiaba apurado, medio sentado, ocultando mi lampiñismo. Cuando volvíamos de un partido, me mojaba la cabeza en los lavamanos para que los profesores creyeran que me había bañado y me ponía los pantalones con las costras de barro en las rodillas. No iba a las duchas, me volvía a casa mugriento pero invicto de las burlas.

Todo era un poco así en el colegio. Cuatro divisiones

con veinticinco alumnos cada una. Cien chicos y chicas por año. Quinientos en todo el secundario. Era sólo cuestión de pasar inadvertido. Me hice campeón en eso. Era como el juego del quemado, donde un tipo se paraba en el medio de la cancha de básquet y empezaba a desnucar a los otros a pelotazos, y los desnucados pasaban a su bando y se dedicaban a desnucar a más y más gente. Yo me perdía en el tumulto, me hacía invisible. Camus decía que el fútbol le había enseñado todo lo que necesitó aprender en la vida. A mí me pasó lo mismo con el quemado. Por ahora vengo zafando. Aunque sé que el pelotazo final algún día me lo van a dar. Soy el último desesperado corriendo en pantalones cortos, en invierno, sabiendo que la pelota de básquet lanzada con saña por esos compañeros sedientos de sangre va a llegar y va a doler como trompada contra la espalda, contra la cara, contra el muslo congelado.

Incluso yo jugaba al rugby así, inadvertido. En el primer día de rugby, a los ocho o nueve años, la pelota voló por el aire y se me ocurrió atajarla. Un batallón de hiperactivos con botines de taponés de aluminio se me vino al humo; me chocaron y me aplastaron en el piso. A partir de ese momento, para mí, la regla número uno del rugby pasó a ser: «Manténgase lo más lejos posible de la pelota». El secreto entonces era simular que hacía el esfuerzo, que la buscaba, que me metía. Era una actuación muy fina: todos jugaban al rugby, pero yo en cambio actuaba que jugaba. Era más difícil. En cierta forma tenía más mérito. Era una simulación, pero no había que sobreactuar porque se podían dar cuenta. Había que encontrar un equilibrio, meterse pero llegar justo tarde, cuando la pelota ya estaba saliendo de la pila de gente.

Arrojarse sobre la montonera pero cuando ya no había muchos más jugadores para que te cayeran encima. Estar muy atento, anticipando la jugada para correr hacia el otro costado, como esperando un pase que no se daba pero que se podría haber dado. Tenía que adivinar lo que podría haber sido pero no era, moverme en esa orilla. Era un juego secreto, de supervivencia, que yo jugaba dentro del gran juego. Igual que ahora, supongo, en este juego enorme de la adultez practico este otro juego paralelo, casi invisible, de la literatura, simulando que trabajo, simulando que sí, que soy un hombre con currículum que paga impuestos, pero soy torpe y no me creo nada y sé que están a punto de aplastarme y anticipo, esquivo, hago como que corro con todos, pero siempre me siento al margen, soñando otra cosa, nunca me creo la vida, ese juego tan raro que practican los demás.

La entrega

Desconecté la *laptop* que estaba en el living y la traje a la cama para escribir. La apoyo sobre mis piernas en una almohada. No quiero despertar a mi hijo que está durmiendo ahí. Tengo un departamento de dos ambientes y algunos días de la semana él se queda conmigo. Mañana temprano lo llevo al colegio. De a poco se está acostumbrando a dormir en el sofá cama de la habitación de al lado. El primer día que vio dónde iba a dormir me dijo: «Pa, mi cuarto es también el living y el comedor». Un niño perspicaz; tiene ocho años. Por ahora no puedo alquilar algo mejor. Aunque no está mal el departamento. Pero no es de eso de lo que quiero hablar, sino del impulso que sentí ayer y antes de ayer cada vez que pensaba en escribir lo que estoy escribiendo ahora. Cuando premeditaba esto manejando, o bajo la ducha, o tirado en la cama, me parecía que tenía en la punta de la lengua toda la fuerza verbal, la cadena de frases que me iba a llevar a lo largo de estas páginas. Podía sentir esa vaguedad sintáctica del fluir de conciencia, esa instancia previa al lenguaje articulado donde todo parece posible. No diría que es una sensación falsa, porque lo que se siente

realmente es que el texto ya está ahí, se intuye el párrafo, la progresión de imágenes, de ideas, la posible secuencia orgánica de la frase. Ese sueño diurno es real, esa emoción estética existe. Pero uno se sienta frente al teclado para escribir y esa ilusión de gracia se vuelve torpeza, como quien soñó que bailaba livianamente y una vez despierto intenta sin suerte hacer lo mismo.

Quizá lo que llaman oficio de escritor no sea más que ser capaz de soportar esa desilusión, sabiendo que uno se entrega a lo desconocido, porque en esta gran incomodidad de las palabras reales y toscas hay una aventura, algo hacia lo cual nos movemos a tientas. Por ejemplo, ahora no sé para dónde irán los siguientes párrafos, y sin embargo estoy dispuesto a ir interrogando al lenguaje para ver la dirección que voy a tomar. De vez en cuando necesito dejarme llevar por la improvisación, porque en general trabajo dentro de estructuras y géneros literarios preestablecidos: novelas, cuentos, poemas, todas cajitas dentro de las cuales me muevo; novelas como casas, relatos como edificios de departamentos, poemas de dos ambientes, *este poema es el living y también el comedor, pa*. La improvisación se me cruza un poco con la escritura automática que proponía el surrealismo pero, como dice Watanabe, «(...) yo no soy surrealista, soy empleado», así que no me tomo esos exabruptos automáticos demasiado en serio; de hecho, mi inconsciente me aburre un poco. En general, me salen párrafos llenos de puteadas y obsesiones, palabras repetidas, trabalenguas, pura angustia verbal, anomia. Aunque de vez en cuando salen curiosidades en esa confusión, en ese caos; aparecen ideas para cuentos, pequeños pornohaikus, combinaciones extrañas, monstruos que

me terminan gustando. Es un ejercicio que hago cuando estoy bloqueado, escribir lo que salga, un ejercicio por momentos más cercano a la mecanografía que a la escritura (iba a decir literatura, pero últimamente prefiero evitar esa palabra).

Lo bueno de no saber para dónde vamos es que nos permite salirnos de nosotros mismos por un rato, como esos momentos del viaje en los que uno guarda el mapa y se entrega al enredo de las calles desconocidas, se aleja del circuito trazado previamente... Ahora que lo pienso esta metáfora del autor entregado a los vericuetos del lenguaje como el *flâneur* paseando perdido por la ciudad ya la explotó muy bien Cortázar, así que mejor no agarro por ahí. A veces me gustaría escribir sin metáforas, sin comparaciones, porque la comparación es un recurso que uso demasiado, *esto es como esto otro*, *A es igual a B*, todo termina teniendo un cachivache adosado, toda idea termina entorpecida con una bola de preso atada al tobillo. Ahí, por ejemplo, acabo de hacerlo otra vez. La manía se debe seguramente a que me cuesta mucho pensar en abstracciones puras. Siempre transformo en imágenes las ideas, no las dejo en paz, necesito corporizarlas, volverlas tangibles. La matemática es para mí un mundo fantasma que se me escapa de la cabeza, no logro aprehenderlo, salvo que esté convertido en geometría, esa disciplina que de alguna manera logra fotografiarle el alma a la matemática y la vuelve un poco más visible. Siempre me fue bien en geometría. Acepto la idea de un espacio abstracto, pero no logro concebir la pureza de los números.

Por eso escribo, supongo, porque me gusta recrear la experiencia sensible a través del lenguaje; quiero que el

lector toque, huela y sienta que está ahí, intento hacerlo con pocas palabras, dejándole zonas incompletas, como para que su cerebro termine de armar la situación. Hay un dibujo de Picasso donde se ve un ramo de flores, una está muy bien dibujada, las demás son apenas garabatos, pero nuestro cerebro las completa, las vuelve flores perfectas. Picasso nos induce a que lo hagamos, las flores suceden dentro de nosotros, florecen, nosotros las inventamos. Me interesa esa escritura que confía en el lector y arma esa especie de máquina que el lector echa a andar como mejor le parece, a su velocidad, con su propio estilo. Por eso prefiero no indicarle al lector cómo tiene que leer. No me gustan los textos sobreexplicados, la profundidad explícita. Como esos amigos (acá va otra comparación) que nos hacen escuchar una canción y nos señalan las mejores partes y nos dicen «escuchá qué triste este solo» y ya a nosotros no nos parece tan triste porque nos dijeron lo que teníamos que sentir. Hay escritores que escriben así, señalando lo profundo de su historia. Yo prefiero pasar por superficial, pero teniendo en cuenta que en la superficie aflora lo profundo de la vida. Y hasta diría que no existen los autores profundos sino los lectores profundos.

Me gusta Chéjov, ese médico que cuenta casi riéndose situaciones llenas de dolor. La habilidad de Chéjov es lograr que ese dolor sea intuitivo por los lectores, sacado por los lectores mismos desde ese fondo negro inexplicado. Ahí está el arrojo y la aventura de un lector: poner todo de sí, volcar su propia experiencia en la lectura, aceptar el juego, la invitación que el autor hace, como los chicos cuando dicen «dale que ahora somos piratas y atacamos un barco y le prendemos fuego». El lector,

el buen lector, contesta *sí, dale*, e inventa también el juego a su vez. Porque uno abre un libro y lo espera todo de ese libro. Uno está dispuesto a darse entero en la lectura, a darle atención, silencio, uno renuncia a la realidad cuando se abstrae leyendo, se transparenta, se ausenta. Está bien inventada la expresión *volcarse a la lectura*, porque uno se vacía hacia la palabra escrita y entrega la imaginación a esa existencia paralela, dispuesto a dejarse llevar... Hasta acá llegué cuando de pronto apareció mi hijo en el marco de la puerta tomándose lo que quedaba de agua en su taza de Dragon Ball Z. *Tengo mucha sed, pa*. Me levanté, él me siguió a la cocina y abrimos la heladera. Saqué el botellón y le serví. Mientras se tomaba el agua helada a grandes sorbos, lo miré y lo vi como por primera vez, porque estábamos metidos dentro de un poema breve y simple que decía que a mí me gustaría escribir así, como dándole agua a mi hijo en medio de la noche.

Campamento en Maschwitz

Están todo primero y segundo grado desarmando las carpas, haciendo las mochilas. Se acabó el fin de semana en Maschwitz, el primer campamento de nuestra vida. No es muy lejos de Buenos Aires, vinimos en un ómnibus y acampamos junto a un lago, bajo unos eucaliptus. El suelo está cubierto de hojas verdes, amarillas y rosadas. Tuvimos que traer una lista de cosas: bolsa de dormir, linterna, jarro enlozado, cantimplora, repelente para insectos, brújula, soga de diez metros. Fue muy divertido desplegar todo ese arsenal durante el fin de semana, pero ahora hay que intentar guardarlo y sobran cosas que quedaron desparramadas, sin dueño. El Gómez, que es profesor de educación física, pasa uno por uno ayudando a armar bien las mochilas. Yo anoche me hice pis en la bolsa de dormir. Nadie lo sabe. El Gómez desarma las mochilas que están mal armadas y las arma de nuevo. Desenrolla la bolsa de dormir en la luz pública y la vuelve a enrollar. Eso es malo, porque se va a notar mi pis.

Anoche traté de concentrarme en no hacerme pis pero me olvidé. En algún momento me quedé dormido sin acordarme de eso, porque estábamos divertidos con el

Vaca y Crespo y Miguel por la novedad de dormir en carpa: probábamos las linternas, lo iluminábamos en la cara a Fidalgo mientras dormía, hablábamos mal de él, hasta que dijo «estoy despierto y escuché todo», y nos reímos más todavía. Entonces en algún momento me dormí sin acordarme y a la mañana sentí que estaba mojado y recé para que fuera sudor pero no era, y encima se notaba. Yo sé que hay cosas más graves, que a otros les pasaron cosas peores. Por ejemplo, Diego Larroque casi se muere ahorcado con la soga de diez metros de nailon plastificada cuando jugaba con Rosenberg a las ejecuciones; pataleó un poco y el profesor Inchauspe corrió y lo salvó. O Teibal y Giménez, que se perdieron porque se fueron lejos para probar la brújula. O Manfredi, que se clavó un anzuelo en el dedo y se lo tuvieron que sacar los choferes del ómnibus con una tenaza. Pero eso no me consuela. Igual la cosa para mí es grave, no me gusta.

Trato de armar bien la mochila, para que el Gómez no me la desarme, pero no puedo, me sobran puntas de cosas, lo que estaba antes bien doblado ahora es un bollo que ocupa el triple de lugar y no entra. El Gómez ya está con Aguirre, al lado mío. El próximo voy a ser yo. La mochila de Aguirre está bastante mal, y el Gómez se la desarma. Cuando está tratando de enrollar la bolsa de dormir, ve un círculo oscuro. Yo también lo veo y me sorprende que Aguirre pertenezca a la misma hermandad secreta. El Gómez huele el círculo oscuro y le dice: «¿Te hiciste pis?». Aguirre apenas asiente con la cabeza, como diciendo «Sí, pero mantengámoslo entre nosotros». «Esto hay que secarlo», dice el Gómez y con toda naturalidad, sin siquiera sospechar que está traumati-

zando de por vida a mi pobre camarada, cuelga la bolsa de la rama de un árbol. Las risas empiezan a crecer, la bolsa de dormir flamea en la rama con el círculo oscuro en el medio: es la bandera de los incontinentes.

Yo aprovecho el revuelo para agarrar mis cosas y caminar como si buscara algo. «Me olvidé la cantimplora en el lago», digo en voz alta aunque nadie me está oyendo. Camino hacia la orilla, saco la cantimplora y me pongo a cargarla con agua con la mochila a la espalda, agarrada con una sola tira. El movimiento me sale bien: un resbalón común, bastante posible, y la mochila está en el agua. La demora en sacarla también es creíble, porque está totalmente ensopada y muy pesada. Es un triunfo absoluto, y por eso aguanto muy bien las burlas, incluso afronto sin problemas el reto del Gómez que me hace sacar todo y desplegarlo sobre el pasto. Lo hago con tranquilidad, ocultando la sonrisa porque está todo igual de mojado y oscuro. Mi bandera de pis no se nota para nada y pienso que ojalá, cada vez que duermo en la casa de un amigo, pudiera a la mañana siguiente inundar la habitación abriendo todas las canillas o sumergir la casa en el fondo del mar o algo así, para evitar esa evidencia terrible de los colchones mojados secándose al sol.